

quilándole á disgustos y sinsabores, ó de otra manera.

—Pero hombre! replicó Gil Blas. ¿Es posible que en Madrid y al frente de los reyes y de su gobierno habiten mujeres de esta clase?

—En Madrid, repuso el patron, viven hombres y mujeres de lo peor de España. Aquí se refugia lo mas malo de todas las provincias del reino, y no hay gobierno que alcance á evitar todas las maldades que se cometen en esta córte desde la clase mas alta hasta la mas humilde del pueblo. Vd. lo irá observando por sí mismo si se propone vivir aquí por algun tiempo. Por ahora, renuncie Vd. á esa colocacion, y vamos viendo quién es el segundo que le pretende á Vd.

Repasó su lista el patron de Gil Blas, y vió que á las once se habia presentado un lacayo de una señora grande de España, preguntando de parte de su señora por el estudiante de Salamanca. Esta le dijo, puede ser una buena proporción. Preséntese Vd., y tómela el pulso con discernimiento.—Y entonces, añadió Gil Blas, qué disculpa doy á la viuda que me espera en esta noche?—Déjemela Vd. de mi cuenta, que yo la pasaré un recado diciéndola, que hasta que ella cumpla un año de luto, no espere por Vd.

CAPÍTULO II.

Entra Gil Blas á servir á una señora de treinta y cuatro años.—Es destinado por ella á llevar y traer billetes para un señorito y vice-versa.—Sesion interesante de Gil Blas con otro criado de la casa.—Cambio ó permuta que hace su ama del señorito por Gil Blas.—Desaire que este dió á su señora.—Venganza que esta tomó de él.—Es llamado Gil Blas á presencia del rey.—Curiosa sesion de este con S. M.

Obedeció Gil Blas á su patron y se fue á presentar á la señora. Tenia esta señora su habitacion muy distante de la de su marido. Seria su edad la de 34 años mas ó menos. Cuando tuvo á Gil Blas en su presencia, le tomó la filiacion desde los pies á la cabeza, y no le desagradó el talle del estudiante de Salamanca.—Yo necesito, le dijo, un paje de antesala, y acostumbro darle un peso diario por su servicio. Si me sirven bien, suelo pagarlo doble. Vea Vd. si le acomoda este partido, y dígame Vd. sí ó no ahora mismo.—Señora, repuso Gil Blas, será preciso saber antes cuales son mis obligaciones, porque si no las puedo cumplir, no quiero engañar á Vd.— Cuando

yo le admito á Vd. sin esplicárselas, le contestó, es claro que sirve para lo que yo le quiero. Con que no haya mas rodeos, y si Vd. se queda en la casa, ha de ser en esta misma tarde.—Está bien, señora, iré por mi equipaje, y vendré sobre las cinco.

Partió Gil Blas á comunicar con su patron lo que le habia pasado con la señora, y le dijo éste:—Amigo mio, el que tiene necesidad de servir, está precisado á sufrir. Esa colocacion me parece buena, pero no crea Vd. que en estas casas es todo miel y azúcar. Vd. entre en esa, observe y vea, y cuando no le acomode continuar, lo deja; pero tenga Vd. entendido que un salario como ese, no es fácil hallarlo en Madrid. Con que váyase Vd. á tomar el pulso á esa otra nueva colocacion. En efecto, á las cinco de aquella tarde ya estaba Gil Blas en la antesala de aquella señora la cual habia salido de casa una hora antes. Ya no le pareció bien á Santillana que habiendo sido él tan puntual en la citada hora de las cinco, no hubiese la misma puntualidad en la señora. Un eriado de la casa se acercó á Gil Blas preguntándole, que á quién buscaba, y éste le contestó que la señora le habia admitido por paje de antesala, y le habia mandado traer su equipaje á las cinco, el cual habia dejado con un

mozo á la puerta.—Ahl pues entonces mandaremos subirlo, y Vd. esperará aquí al ama que seguramente se olvidó del compromiso con Vd., porque nada nos ha dicho. Ella es algo distraida; pero como tiene tantas cosas en su cabeza la pobre señora, alguna de ellas la obligó á mandar poner el coche para salir á las cuatro como efectivamente salió. Vd. la espera ahí en la antesala, que no podrá tardar en venir si se acuerda del compromiso con Vd. Esperó Gil Blas á que llegára su ama pero ni á las seis, ni á las siete, ni á las ocho se acordó de venir, y solo á los tres cuartos para las nueve sonó el coche en el zaguan.

Cuando al subir á su habitacion vió á Gil Blas en la antesala, le dijo:—Por vida mia que no me he acordado de haberle mandado á Vd. venir á las cinco, ni dado orden para que le preparasen á Vd. su cuarto! pero todo se enmendará.

En seguida se entró en su habitacion mandando á Gil Blas que la siguiese. Lo primero que le preguntó fue si conocia la calle de tal nombre, y habiéndole respondido que sí:—Pues bien, váyase Vd. á su cuarto, y vuelva Vd. aquí dentro de una hora. En efecto volvió Gil Blas, y le dijo:—Ahora mismo tiene Vd. que ir con esta carta á esa calle, y en el número

veinte y cuatro pregunte Vd. por el nombre del sobre. Saldrá el mismo, tomará la carta, la leerá, escribirá la contestacion, y Vd. me la traerá sin detenerse.—Pero señora, repuso Gil Blas, de noche no se ven los números de las casas.—Malo! añadió la señora, ¿Y es Vd. el que ha estudiado en la universidad de Salamanca? Bues hombre, el que tiene ojos á Roma va. Pregunte Vd. en las tiendas, y vuelva Vd. inmediatamente con la respuesta. Partió Gil Blas á cumplir con la primera de sus obligaciones y habiendo entregado á su ama la contestacion, le dice esta—Ea, ahora á cenar y á dormir, y mañana á las nueve entre Vd. á tomar mis órdenes. Entró Gil Blas á la hora citada, y halló á su ama metida aun entre sábanas de holanda, desde donde le dijo: Coja Vd. ese bolsillo que está sobre la mesa, y la carta que está junto á él, y llévelo Vd. ahora mismo al consabido de ayer noche. Cumplió Gil Blas puntualmente con la orden dada, y al entregar su encargo al señorito, contó este sus cincuenta onzas, y tomando una se la dió á Gil Blas diciéndole:—Toma esta para unas botas, y si me traes muchos recaditos de esta especie, cuenta de seguro para tí, como ahora, con el dos por ciento, y espera un ratito que al momento escribo la contestacion, que te leeré, puesto que tú eres ya nuestro confidente. En

efecto escribió al punto cuatro renglones que leyó á Gil Blas, reducidos á lo siguiente.

«Queridita mia: No creas que yo te cambio por tu prima, aunque esta ya me ofreció ponerme coche. Eres tú mucho mas salada, y nunca puedo yo gustar de las sosas. Si ayer noche te puse algun cuidado por ella, fue por ver si me querias como yo te quiero, y ya veo que sí.

El paje me entregó todo lo que me dices en la tuya, y en esta noche, que te espero, te daré las consabidas gracias.

No dudes que soy todo tuyo y de nadie mas que tuyo.»

Concluyó su carta el señorito, y cuando la estaba cerrando decia á Gil Blas:—Pobrecita! Y que mala noche la habré dado! Toma la contestacion, y dila que no me falte á las ocho. Atónito Gil Blas con lo que iba observando en la corte de Madrid iba diciendo para consigo:—Si yo no acierto á venirme á la capital de mi reino, me vuelvo á la casa de mis tíos sin conocer el mundo; pero ya veo que hay mas que estudiar aquí que en la universidad de Salamanca. Al entregar la contestacion á su ama, que leyó con la cabeza sobre la almohada, dijo á Gil Blas:—¿No es cierto, amigo, que este es el mas arrogante chico que se pasea por las calles de Madrid? Y eso que está por formar

aun, porque no ha cumplido todavía los diez y nueve años!—Si señora, dijo Gil Blas, es de lo mejor que yo he conocido. Al despedirme me encargó dijese á Vd. que la esperaba esta noche á las ocho—Ah! si lo creo: sino puede pasar sin mi! pues bien: Vd. es ya el depositario de nuestras confianzas. Vaya Vd. hoy mismo á llamar un buen sastre que quiero vestirle á Vd. de arriba á bajo á mi idea.

Se salió Gil Blas de la habitación de su señora, y al punto entró en la antesala un hombre que queria hablar con su ama. Preguntado de parte de quien habia de pasar el recado, respondió que de parte del diamantista. Apenas oyó su nombre la señora, cuando incorporándose en la cama toda enfurecida exclamó: ¡Malditas sean las deudas, y tambien los acreedores que no nos han de dejar vivir en paz en este mundo! Dígale Vd. que vuelva dentro de ocho dias. Le despidió Gil Blas con esta respuesta, y antes de cerrar la antesala, entró cierta señora mandando pasar recado á su ama de parte de la modista. Tambien la mandó volver la señora dentro de ocho dias, y en seguida dijo á Gil Blas:—Vaya Vd. ahora mismo á decir al apoderado que necesito diez mil pesos para mañana sin falta. Partió Gil Blas á dar parte de su comision, y enterado de ella

el verdadero dueño de la casa, le dijo: Esto no se puede ya sufrir. Este es un desconcierto escandaloso: El amo por una parte, y su señora por la otra con su manera de vida (que no quiero descubrir,) necesitan las rentas de la corona.—Diga Vd. á la señora, que el sugeto que me dió la última cantidad á un treinta por ciento, ya no quiere dar otra menos del cuarenta. Dió Gil Blas el recado á su ama y volvió con la contestacion de que ya fuese á los cuarenta ó á los cincuenta los diez mil pesos habian de estar en su poder por la mañana sin falta.—Esta señora, decia Gil Blas para consigo, habia de saber manejar un ministerio de Hacienda.

Hallándose Santillana en su habitación solo, en aquel dia, á las once de la mañana, recibió una visita dirigida únicamente á su persona. Era del ayuda de cámara del esposo de su señora, es decir, del amo principal de la casa.—Vengo, amigo, dijo este á Gil Blas, á ofrecerte á Vd. como compañero. He sabido que la señora le admitió en su servicio, y le felicito á Vd. por tan buena colocacion. Su antecesor salió de aquí muy rico, porque la señora es mucho mas generosa que su marido. Le despidió su ama porque le averiguó que dormia con una de sus doncellas, y una de estas lo descubrió por envidia de su compañera.

Los dos dormidores salieron de la casa en una misma hora. Dicen aquí que se van á casar, pero á mi me consta que su antecesor nó la da la mano de esposo, por haber conocido en ella, que ya habia dormido con otro antes que con él. De esto hay mucho que contar en esta casa, pero Vd. vea, oiga y calle: y nada perderá Vd. en tomar este mi consejo: otros varios le daré cuando pase Vd. á mi cuarto número once, porque amigo, es preciso que nos tratemos, y que haya entre nosotros la mayor armonía. Entre tanto téngame Vd. por su muy atento amigo y compañero.

Pagó Gil Blas su visita al siguiente dia al señor ayuda de cámara, que se llamaba Saturnino, el cual ofreció á Gil Blas su habitacion con toda cortesanía, diciéndole, que muy gustoso la cambiaria por la suya, si los amos quisieran cambiar los criados. El amo mio, continuó es muy truan, tiene mas mundo que yo y no se la puedo jugar. El sostiene en la plaza mayor con cuarto principal y criadas á una manola de diez y siete años muy linda y muy graciosa. A mi me gusta infinito, y tambien me consta que yo no la desagrado. Yo no sé si el amo se recela algo de mi por lo que ella me ha dicho. Lo cierto es que no nos deja una ocasion en que podamos estar solos. Alguna noche suele entrar con el

amo, pero como viene vestida de hombre, ninguno hace reparo; mas yo que lo sé, rabio y me desespero, porque amigo es la manola mas mona de cuantas puede haber en todos los barrios de Madrid.

—Pero hombre! repuso Gil Blas, ¿Vd. se atreveria á hacer esta traicion al amo.—Tomal replicó Saturnino, otro tanto haria el con la querida que yo tengo si la conociera, y lo supiera. No digo yo con la manola de los diez y siete años, pero si el ama con quien Vd. está, se prendara de mi, como no es imposible que se prende de Vd., yo no tendria reparo en obsequiarla. Vd. observe bien á estas señoras de gran tono, y verá que siempre buscan para lacayos los mejores jóvenes, los mas altos, y los mas robustos. Luego si un lacayo puede llegar á ser el querido de su ama, ¿con cuánta mas razon debe serlo el paje ó el ayuda de cámara? Su edad de Vd., su talle, y toda su figura dan un gran derecho á una de estas plazas, y aun que la persona mia, no es comparable con la de Vd., tambien suelen tener sus caprichos estas señoras, y prendarse de alguno que no sirve para descalzarnos á nosotros. Vd. observe y vea sin admirarse de nada, y aunque desde la cocina y la dispensa hasta el mas alto piso de la casa note Vd. pecadillos de esta clase, no haga

caso. Por el contrario, hágase Vd. cargo de que aquí se come y se bebe bien, y es preciso vivir alegremente.

Por lo demas, esta casa es de las mas ricas de Madrid. Alguna vez nos atrasan los salarios, pero tenemos mil medios de indemnizarnos por otro lado. Nos hacemos cargo de que son muchos los gastos entre tantos coches y libreas, tanta servidumbre de criados y criadas, tanto lujo, y tanto desconcierto, porque amigo, el que no roba, no es útil para servir aquí. El que mejor sale de todos, siempre es el apoderado general. Alguno de estos conozco yo en Madrid que se ha comprado un título de marqués por haber servido solos diez años en una de estas casas. Cuando los amos les piden las talegas para satisfacer sus justas necesidades, dicen que se ven precisados á tomarlas á premio á un 30, y á un 40 por 100, y ellos son los que las dan del mismo dinero de la casa. En uno de estos dias me dijeron que uno de estos religiosos administradores habia comprado en Asturias casi todas las rentas que tenia allí el amo á quien sirvió.

El apoderado que aquí tenemos sino es un primo carnal de ese señor apoderado saliente, es á lo menos algun pariente suyo por línea recta. El siempre anda tomando dinero á inte-

reses, la casa está llena de deudas, no se paga á nadie, y estoy viendo que no se tardará mucho en ser esta casa intervenida por la justicia, Por ahora no le digo mas; en otro dia le diré lo que me resta para su gobierno, pero cuidado con el consejo que le doy de oír, ver y callar.

Aturdido salió Gil Blas de la habitacion de su compañero diciendo para consigo: Esta casa es una liorna, y el ayuda de cámara del amo principal puede ser tambien una buena alhaja. Por lo que este me ha dicho, yo no puedo servir en esta casa sino soy tan bueno como todos ellos. Sin embargo, adoptaré el consejo que me ha dado de oír, ver y callar, y veremos lo que me estará mejor. Luego que entró en la antesala le llamó la señora para que llevase otra carta al consabido señorito, y trajese la contestacion. Continuó Gil Blas llevando y trayendo cartas y billetes por algun tiempo que le valieron algunas propinas; además de un nuevo traje con que le quiso adornar su buena ama. Continuaba tambien esta sus visitas al arrogante chico siempre á la hora de las oraciones. Habiéndosele antojado cierto dia, nada mas que por un capricho, visitar á su querido á las once de la mañana, llamó á la puerta de su cuarto despues de haber notado que no estaba solo. Salió el señorito á la ventanilla, y habien-

do visto á su querida, no la quiso abrir hasta que pasó un buen rato. Continuó con sus campanillazos la señora, y despues de haber entrado dijo á su arrogante chico:—Me ha parecido que no te hallabas solo: ¿A dónde se ha metido el compañero que estaba contigo? Reconoció toda la habitacion, pero no halló persona humana en toda ella, hasta que se le antojó mirar debajo de la cama, y vió agazapada allí una chicuela de diez y seis años.—Ola! niña, la dijo: Salga Vd. de esa indecente prision, y tenga Vd. la bondad de darse á conocer. El señorito, dijo ella, me hizo esconder aquí á la fuerza, por mas que yo no queria estar junto á la bacinilla.

—¿Y Vd., caballero mio, continuó la señora, es aquel que me afirma por sus cartas que soy todo tuyo, y de nadie mas que tuyo? Así corresponde Vd. á los beneficios que le he dispensado hasta hoy? Miserable! ¿Quién era Vd. antes de conocerme á mí? ¿Quién sino yo le ha sacado á Vd. de la pobreza y miseria en que antes vivia? Le juro á Vd. por el nombre que tengo que he de vengarme á toda mi satisfaccion, y se salió á la calle semejante á una sierpe enfurecida. Entró en su cuarto tan inmutada y tan fuera de sí, que Gil Blas no pudo menos de conocerlo, y recelando por su semblante descolorido, y por sus ojos centelleantes, que la acometiese algun

ataque de apoplejía, la dijo:—Señora, que es lo que la ha acontecido? V. está como estupefacta, y yo me recelo algun amago de accidente. Déame hombre, déjame, Gil Blas que no me puedo sujetar á mí misma, segun la cólera y la venganza que reinan en el centro de mi corazon. —¿Pues qué es lo que le ha sucedido, continuó interrogándola Gil Blas? ¡Ese pícaro, ese infame, ese vil cambiarme á mí por una prostituelá, llena de arapòs, y casi sin medias en los pies! Le juro que me las ha de pagar, ó no he de firmar yo con el nombre que tengo. El á un presidio, y ella á una galera, es lo que he determinado por ahora,

Bien conoció Gil Blas que su ama estaba casi loca viéndola desgrenarse y darse puñadas en la cabeza.—Oh! decia él, la pasion de los celos es una endemoniada pasion, y esta señora no está en estado de conocer que se pierde á sí misma, si toma la resolucion que me ha dicho. Será pues preciso advertirla del peligro en que va á caer: y tomando la palabra, la dijo:—Señora, no piense Vd. en presidios ni en galeras. Hágase cargo de que aquel señorito tiene en su poder cartas de Vd. que presentadas en un tribunal formarán un pleito escandaloso con poco honor para Vd. y nada decoroso para el señor de la casa.—Tienes razon Gil Blas; eso

villano usará de mis billetes para su defensa, y esto no lo quisiera yo. Otra venganza es la que estoy meditando. Me parece que será mejor abandonarle para siempre, y reemplazarle con otro.—Ese partido me parece mejor, contestó Santillana, porque al fin es como pagarle en la misma moneda.—Pues bien, ahora mismo quedate con mi retrato en el pecho, y manda que te retraten á tí para tener yo el tuyo. Ponte además esta sortija de diamantes en un dedo de la mano izquierda, con tal que mi marido no te la vea por ser el único que la conoce por hármela regalado antes de casarnos. Tómate además este bolsillito por ahora, y cómprate lo que mas te agrade. No dejes de traer siempre contigo algun frasquito de agua de colonia ó de otros espíritus mas agradables, que tambien te juro que antes que el bribon que me ha vendido, vuelva á recibir de mi un solo real, me han de comer los gusanos.

—Pero señora, replicó Gil Blas, por qué razon ha de ser Vd. tan generosa conmigo, cuando no hay en mí el menor mérito para tanto favor?—Anda, no me repliques, obedece, y haz lo que te mando. Salió Gil Blas de la estancia de su señora, y aunque se acordó de los caprichos que le habia indicado su compañero Saturnino, no llegó á persuadirse que su se-

ñora pudiese enamorarse de él, y solamente atribuyó estos regalos al espíritu de venganza y de cólera que por entonces dominaba el entendimiento de su ama. Contó los doblones que contenia el bolsillo, y vió que completaban el número de doscientos. En seguida se fue á preguntar á un diamautista por el precio de su sortija, y se la justipreció en unos 150 doblones. Esto ya le pareció algo de consideracion, y aunque nunca se habia retratado no se atrevió á desobedecer la orden que le habia dado su ama, y tuvo que dar su retrato á la que tan cerca de sí tenia el original. Miraba de cuando en cuando el que le habia dado su señora ama, mas ni por el retrato ni por el original podia resolverse á hacer una traicion al verdadero esposo de su señora. Esto le parecia un crimen atroz y Gil Blas no se consideraba criminal aun en esta clase de delitos. Resolvió pues disculparse del modo posible si su ama se esplicase claramente con él para en el caso de reemplazarle por el consabido señorito. Continuó pues algunos dias recibiendo finezas y regalos de su buena ama. Cada vez que esta le tenia delante de sí le tomaba la filiacion desde los pies á la cabeza, y comparándole con el señorito traidor, notaba en Gil Blas un talle y una estatura mucho mas elegante. Se animó pues en cierto dia

á mandarle sentar en el sofá á su lado izquierdo; pero Gil Blas se escusaba diciéndola, que podian ser sorprendidos por alguna doncella, y que ésta podia muy bien denunciarle al amo de la casa, así como le habian denunciado á ella la vida de su antecesor.

—Olal replicó su ama. ¿Con que ya lo sabes? Pues si tu hicieses otro tanto, tambien me vengaria de tí; pero no, tu antecesor era un figurilla parecido á un pigmeo, y los hombres pequeños nunca pueden ser grandes hombres. Además, ¿cómo es posible que si yo trato de obsequiarte, prefirieses tu los obsequios de una criada mía?—Pero señora, repuso Gil Blas, ¿cómo puedo yo creer que Vd. se baje á obsequiar á un pobre criado no siendo para burlarse de él?—Y me burlo yo de tí, replicó la señora, cuando te he pedido tu retrato y te he dado yo el mio? ¿Son burlas la sortija y el bolsillito que te he regalado? ¿No has conocido en esto solo que ya no quiero pensar mas en aquel infame que me ha vendido, y que he determinado vengarme de él, resolviendo que tú ocupes su lugar?—En ocupar el lugar de aquel, contestó Gil Blas, no tendria inconveniente siendo Vd. soltera; pero ocupar el lugar de su esposo, eso jamás lo conseguirá Vd. de mí. Me horrorizo solo con pensarlo. Seria este

el mayor crimen de cuantos puedo cometer. Un patíbulo seria el castigo que deberian aplicarnos tanto á Vd. como á mí. Yo no puedo persuadirme que Vd. haya usado de esta traicion á su marido con aquel señorito del número veinte y cuatro, y solo he creido que por pasatiempo y diversion se entretenia con él, como trata ahora de entretenerse conmigo. Pero repito que si Vd. quiere llevar esta diversion mas adelante, desde ahora mismo puede Vd. buscar otro criado que la sirva de esa manera. Yo no me he casado todavía, pero si llegó á casarme, y averiguo que mi mujer me hace una traicion de esta naturaleza, no seré dueño de mí mismo, y en un exceso de mi cólera, no seria imposible la privase de su existencia. Pues antes que á Vd., y á mí nos pueda suceder otro tanto, aquí tiene Vd. su retrato, la sortija y el bolsillo que me ha regalado, porque no puedo aprovecharme yo de estos regalos cuando se hacen con un fin tan criminal.

—Pícaro! exclamó entonces su ama. Á mí este insulto y esta desvergüenza! Huye de mi presencia, infame, que ya te acordarás de mí. Salió Gil Blas de aquella casa acordándose del dicho de su patrón cuando le hizo presente que no creyera que en las casas de estos señores era todo

miel y azucar. Enfurecida la señora casi le echó á puntapiés de su estancia, ordenándole que no se presentase jamás á su vista, y que en aquel mismo instante se pusiese en la calle. Ya estaba en ella Gil Blas, pero su ama quedaba aun hablando consigo á solas y diciendo: ¡Un infame criado mio amenazarme casi con un patíbulo! Un vil insecto miserable dar-me á entender que si yo fuese una mujer suya, me privaría de la vida! Y esto á toda una señora de mi clase! Y esto por un vil esclavo nacido y criado en la miseria! Por vida mia que esto lo he de vengar de la manera mas significativa, para escarmiento de estos séres miserables y por-dioseros.

El lance no era para menos. Verse una señora burlada y escarnecida por un simple criado que la amonestaba al cumplimiento de las obligaciones de su estado, desairándola en la declaracion que acababa de hacerle, era esto insoportable en su clase y en su acostumbrada manera de vivir, tanto ella como las de su alto rango. Juró pues vengarse, y vengar á todas sus amigas del gran tono, y resolvió presentarse á S. M. con el retrato de Gil Blas de Santillana, haciendo presente al soberano que este infame criado habia tratado de seducirla y de obligarla á faltar á la fidelidad

que siempre habia guardado á su esposo.
 —S. M. la ofreció el condigno castigo para el enviar á un perpétuo destierro á un criado tan atrevido y tan criminal. Salió la señora muy satisfecha de la entrevista con S. M.; pero el soberano, como recto juez para administrar la debida justicia, ordenó que antes de dar su sentencia, se le presentase el reo. En efecto, comparecido Gil Blas ante la real presencia, y examinado por las preguntas de la seducción, solo primero que respondió al rey fue lo siguiente:
 —Señor, el engañado he sido yo, y por no haber querido dejarme seducir soy hoy llamado á la presencia de V. M. Mi señora ama, sostenia por su cuenta en la calle tal, número veinte y cuatro, un caballerito que la permutó por una chicuela de diez y seis años. La señora los sorprendió como infraganti, y jurando vengarse me buscó á mí para su reemplazo. A mí no me acomodó este juego y porque no quise entrar en él me despidió de su casa jurando vengarse de mí. Averigüe V. M. la vida y costumbres de esta casa, y hallará que el amo principal vive á rienda suelta, y no quiero decir mas; la señora obra de la misma manera. Pero ni ellós se reconocen como tales, ni viven de la manera correspondiente al alto rango que ocupan, y entregados á sus diver-

siones, no piensan sino en malgastar lo que tienen, y aun mas de lo que tienen. No cuenta pues V. M. con este apoyo de la corona, y es muy cierto que si ellos fueran como debian ser, esta clase del Estado era la única que podia hacer frente á todos los sacudimientos que han de suceder en el reinado de V. M. segun mis recelos.

—Pues qué! exclamó el rey, ¿tienes algunos datos para presagiarme algun levantamiento contra mí?—Tengo entendido, señor, que ese ejército que V. M. quiere enviar á la América, no está en el mejor sentido. Yo no puedo averiguar aun si son los ingleses los que le seducen para que pierda V. M. aquellos dominios, pero sí tengo entendido que se ha dado mucho dinero á aquellos oficiales para que proclamen la Constitucion del año de 12, que V. M. abolió en Valencia por aquel famoso decreto del 4 de mayo de 1814.—Pues bien, contestó el rey. Desde ahora mismo quedas nombrado espía de la corona. Procura conducirte con la cautela que es indispensable en tu empleo, y me vendrás á enterar de lo que averigues por las noches. Ya daré la órden para que te den entrada en mi cuarto á las doce. Obra con discrecion, pero tambien con la malicia necesaria en estos ca-

Salió Gil Blas de la presencia del rey condecorado con el empleo de uno de los mayores confidentes de S. M., y se propuso desempeñarlo con toda escrupulosidad. No era su ánimo abusar de la confianza del soberano como lo habian hecho otros, denunciando delitos que no habia; y que ellos inventaban por espíritu de partido ó por venganza; pero si se propuso ser fiel á su rey, haciéndole presente los que eran verdaderos amigos ó enemigos de S. M.